Subirachs. — "La huella"

SUBIRACHS, en Galería René Metras

No hay razón, no la hubo nunca, en la obra de José María Subirachs para que este excepcional escultor dijera de ella que, volviendo a la técnica bien hecha, al menos el que no aprecie la idea, apreciará el trabajo. Quien deslinde una de otro, no habrá apreciado uno y otra. La obra de Subirachs es ambas cosas, inseparables e incontrovertibles. Lo vemos de manera rotunda en esta exposición en la que el escultor catalán, en la alta y reflexiva serenidad de su madurez, logra ese fruto maduro, reflexivo y sereno de lo que, refiriéndose a él, Fernand Hazan, llama «dramático combate al que se entregan la sombra y la luz, la sensualidad y la gracia, el lirismo y la ascesis» Y, sin embargo, el dramatismo de ese combate nada resta a la serenidad y la reflexión, porque sombra y luz, sensualidad y gracia, lirismo y ascesis, las poseen como parte integrante —incluso realizadora— de esas características

Y, también sin embargo, ese sobrecogedor equilibrio de su obra —como pesada en una balanza de precisión de ritmos— encierra y trasciende un dramatismo profundo, material y físico, fidelísimo a los caracteres que señala Hazan. Son obras «pensantes» y «en generación», ya nacidas, pero naciéndose constantemente, incluso la que, por llamarla de alguna manera, podríamos definir como «obra solitaria». Sus positivos y negativos, sus «series» continúan y prolongan sus obras hasta un infinito casi cósmico, más allá, o quizás en el lado musical del infinito geométrico de formas y volúmenes. A veces da la impresión de que sus esculturas han creado con sus tres dimensiones la cuarta —el tiempo— en todas las direcciones habidas y por haber —delante y detrás, a lo ancho, a lo largo y a lo hondo— estableciéndolo, fijándolo, también en el espacio, como una materia mensurable, indiscriminada y común a las tres dimensiones universales, acaso haciéndolas a las tres, como si las tres partieran de la cuarta.